

SEIS NOMBRES PARA UNA VISION DE CATALUÑA

Este es el artículo publicado en "La Vanguardia", de Barcelona (2 de septiembre de 1976), por el que su autor, el economista don Lucas Beltran, ha ganado el primer premio Manuel Anar, instituido por la agencia Efe, tal como anunciamos ayer. El jurado estaba integrado por don Luis María Ansón, presidente del Consejo de administración de la agencia Efe; don Manuel Halcón y don Emilio García Gómez, designados por la Real Academia Española; don Nemesio Fernández-Cuesta, en representación de Prensa Española, editora de "A B C"; don Javier Godó, en representación de Talleres de Imprenta, editora de "La Vanguardia"; don Aquilino Morcillo, por Edica, editora de YA, y don Vicente Gallego, por la Federación Nacional de Asociaciones de la Prensa. Actuó como secretario del jurado, sin voto, don José Ruiz de Valdivia, que lo es del Consejo de administración de la agencia Efe.

Al cumplirse un siglo de su nacimiento, su figura se ha alejado y va adquiriendo perspectiva histórica. Al viajero que atraviesa un grupo de montañas, la proximidad le impide ver cuáles son las cumbres más altas; cuando se separa de ellas y las contempla en lontananza, lo ve con claridad. Los casi treinta años transcurridos desde la muerte de Cambó han precisado su figura y creemos que la han agrandado. Las izquierdas catalanas, que tanto le combatieron, empiezan a emocionarse con su recuerdo. En los últimos tiempos hemos oído varias veces a los amigos y partidarios de algún joven político catalán que trataban de convencernos de que éste tenía gran talento y dotes de gobierno: "Es el sucesor de Cambó" o "es el Cambó de nuestros días".

Es un lugar común, que Cambó tenía una fuerte personalidad. Su irrupción, primero en la política catalana, después en la general española, cambió la atmósfera política de Barcelona y de Madrid. El final del turno pacífico en el poder de los partidos conservador y liberal, que había creado Cánovas, fue obra principalmente de Cambó. Hemos oído explicar a testigos presenciales cómo sus discursos transformaron el estilo oratorio del Congreso de Diputados: a principios del siglo actual peroraba en él la grandilocuencia un poco vacua de Castelar; Cambó, con sus discursos de apretados razonamientos, esmaltados de cifras, obligó a los demás diputados a seguir su ejemplo, con más o menos entusiasmo.

Pero no utilizó su fuerza dialéctica, su gran capacidad de trabajo, para inaugurar una línea política nueva, personal; se inscribió disciplinadamente en una tradición multiseccular, tratando de actualizarla y darle virtualidad. Se convirtió así en un continuador de la que podemos llamar escuela política centrista catalana, la cadena de pensadores y hombres de acción, cuyos nombres más representativos en los dos últimos siglos han sido Antonio de Capmany, Ramón Lázaro de Dou, Balmes, Mañé y Flaquer y Margall. Sin duda podríamos buscar antecedentes más antiguos a esta línea de pensamiento y llegar al siglo XVII, con Fontanella, y a la Edad Media, con los escritores políticos de aquellos siglos; también podríamos intercalar entre los cinco nombres citados, y entre ellos y el de Cambó, otros, como los de Durán y Bas, Torras y Bage y el doctor Robert. Pero todo ello nos obligaría a complicar y matizar nuestros razonamientos; nos parece preferible ceñirnos a los cinco nombres citados más el de Cambó.

Es obvio que estos seis hombres se diferenciaron en sus temperamentos y actividades, que sus ideas no coincidieron exactamente. No obstante, parece claro que forman una corriente de pensamiento. Tratemos de precisar los puntos más destacados de la misma.

En todos estos hombres brilló el amor y el espíritu de servicio a Cataluña: a su lengua, a su historia, a sus instituciones jurídicas, a su economía. Este amor y este espíritu de servicio fueron vividos en todos ellos, incluso en aquellos que puedan parecer más fríos a quien no los haya leído bastante: Balmes y Mañé y Flaquer sintieron una adhesión a Cataluña comparable a la de Maragall y Cambó. Pero, asimismo, fueron partidarios entusiastas de la unidad y grandeza de España. La idea de romper los vínculos que desde tantos siglos han unido a Cataluña con el resto de España les pareció absurda y nefasta. Y no sólo los vínculos políticos, sino también los afectivos. Ha habido nacionalistas catalanes que, rechazando el separatismo, han propugnado una organización del Estado español como una fría asociación de nacionalidades; según ellos, los catalanes habrían de reservar su amor y entusiasmo para Cataluña, y lo mismo habrían de hacer los vascos, los gallegos, los castellanos y tal vez los andaluces con respecto a sus regiones respectivas; el Estado español sería una mera entidad política y administrativa. No era ésta la concepción de nuestros seis autores; para ellos, la unión de los catalanes ha de ser cordial y afectiva; pero, asimismo, ha de serlo la de todos los españoles. Sobre esta materia, Maragall escribió versos y

artículos y Cambó pronunció discursos que están en la memoria de todos.

Los seis autores mencionados fueron católicos convencidos y fervorosos. (También Cambó, aunque no es ésta la impresión general.) Creía que Cataluña y España eran cristianas en el sentido de que casi dos mil años de predicación del cristianismo influyen profundamente en un pueblo, y lo hacen fundamentalmente distinto de otro que no lo haya sido nunca, como Japón o Birmania. Pero comprendían asimismo que, por las razones que sean, hace siglos que la adhesión intelectual al cristianismo y la vigencia práctica de éste en Europa están en retroceso, y que el gobierno de los pueblos ha de tomar este hecho en consideración. La libertad de conciencia proclamada por el Concilio Vaticano II fue ya mantenida por ellos en una u otra forma, en general, en forma cada vez más plena con el paso del tiempo.

Lo que hemos llamado escuela centrista catalana estaba animada por un fuerte espíritu conservador. Comprendía el valor de las tradiciones y de las instituciones vigentes; sabía que nuestra civilización es un fruto difícil, que puede perderse. Pero nada más lejos de ella que el inmovilismo. Comprendía, con no menos perspicacia, la necesidad de renovación; de estar atento en todo momento a los cambios de la economía y del mundo de la realidad en general, y de adaptar a ellos las instituciones y las leyes políticas.

Finalmente, los seis autores citados presentan una mezcla de idealismo y sentido práctico. Una mezcla que con frecuencia sorprendió, que no siempre fue bien comprendida, que les valió ataques. Todos ellos fueron idealistas, es más, podría decirse que fueron románticos, entre otras razones, por la cronología de sus vidas. Capmany y Dou escribieron en los años de formación del Romanticismo; Balmes y Mañé y Flaquer fueron contemporáneos de este movimiento espiritual; Maragall y Cambó son dos posrománticos. Pero la fe de todos ellos en grandes ideales, a veces remotos, no les hace perder en ningún momento el sentido de la realidad: hay que servir los ideales, pero no imaginar que ya han triunfado, ni tan sólo que su triunfo será cosa fácil. Todos ellos, sin duda, habrían hecho suya la frase de Cánovas: "La política es el arte de realizar, en cada momento de la historia, aquella parte del ideal que las circunstancias hacen posible."

Catalanismo e hispanismo, catolicismo y liberalismo, conservadurismo y espíritu de renovación, idealismo y pragmatismo. Estas ideas han presidido el pensamiento de los autores que hemos citado durante casi dos siglos de nuestra historia. Su combinación, en forma que resulten operativas, no es fácil; constituyen un conjunto complicado. Per, ¿no es complicado el mundo en que vivimos? ¿No lo es nuestro país? Sería poco razonable esperar que uno y otro pudieran ser regidos con fórmulas simples.

Cambó puso su aguda inteligencia, su original personalidad, su empuje vital al servicio de esta línea de pensamiento. Trató de actualizarla, de lograr que tuviese en Cataluña y en toda España la mayor influencia posible. El joven político catalán que quiera ser su verdadero sucesor habrá de hacer lo mismo.

Lucas BELTRAN